

PRESENTACIÓN. FIESTA Y PODER (SIGLOS XVI Y XVII)

Presentation: Festivity and Power (XVIth-XVIIth centuries)

Carmen SANZ AYÁN

Real Academia de la Historia. Universidad Complutense
Correo-e: euridice@ghis.ucm.es

Se cumplen ahora veinte años del libro editado por Lynn Hunt titulado *The New Cultural History*¹. Los textos compilados en aquel volumen por la historiadora americana analizaban obras de Foucault, Natalie Z. Davis o E. P. Thompson que, según su interpretación, habían propuesto desde la década anterior una forma novedosa de hacer historia cultural. Para ella en esos trabajos, ni las fuentes, ni la metodología, ni las disciplinas auxiliares, ni siquiera los objetivos de estudio, eran los mismos que venían empleándose con anterioridad. Todos partían de una diversidad y multiplicidad de fuentes textuales e icónicas hasta entonces poco trabajadas, procedían mediante estudios de caso y aplicaban una metodología dependiente de disciplinas vecinas que los historiadores habían frecuentado poco como eran la antropología o la crítica literaria.

Sus puntos de partida teóricos tampoco eran los mismos que los de la historia cultural clásica. Éstos² fundamentalmente se orientaban al estudio de la producción

1. HUNT, L.: «Introduction: History, Culture and Text», en HUNT, L. (ed.): *The New Cultural History*. Berkeley, Los Ángeles, Londres, 1989, pp. 1-22.

2. Jacob Burckhardt y Johan Huizinga serían los dos representantes más clásicos y sobresalientes de esta Historia Cultural Clásica elaborada en Europa y sus obras señeras *La cultura del Renacimiento en Italia* y *El Otoño de la Edad Media* se publicaron por primera vez en alemán en 1860 y 1919 respectivamente. En esta nómina de historiadores culturales clásicos y sobresalientes no deberíamos olvidar a algunos españoles como Jose Antonio Maravall y su *Teatro y Literatura en la Sociedad Barroca*. Barcelona, 1972, y también obras con propuestas metodológicas más novedosas cercanas a las de la primera Nueva Historia Cultural aunque ignoradas en los recuentos anglosajones como la de Luis Díez del Corral y su *Velázquez, la Monarquía e Italia*. Madrid, 1979 o la de José Alcalá-Zamora: *La reflexión política en el itinerario del teatro calderoniano*. Madrid, 1989.

artística de un determinado período histórico en su totalidad, en combinación con las bases económicas que sustentaban aquella sociedad y con las instituciones que regulaban la vida diaria. Desde los nuevos planteamientos, los modos de aproximación y comprensión de las relaciones existentes entre las formas culturales y el mundo político-social, no partían de la identificación de las divisiones y de las diferencias sociales objetivas, sino que centraban su atención en la construcción móvil e inestable de esas diferencias a través de los lenguajes empleados por los distintos actores sociales, de las conexiones existentes entre sus diversas representaciones simbólicas y del análisis de las semejanzas y diferencias de sus prácticas rituales.

Desde los años setenta tanto en coloquios como en obras colectivas como la pionera de J. Le Goff y P. Nora³ también se reflexionó sobre esas nuevas propuestas temáticas o metodológicas y entre los objetivos prioritarios de estudio entonces formulados el análisis de la Fiesta como fenómeno histórico-cultural, comenzó a ocupar un papel central.

Superpuesta la Nueva Historia Cultural a la de las Mentalidades, el estudio del universo festivo⁴ fue y sigue siendo especialmente frecuentado al analizar el período barroco. Esta particular querencia no se debe a una casualidad. En Europa y en los ámbitos extraeuropeos bajo su directa influencia, los siglos XVI y XVII corresponden a un momento de diferenciación entre la cultura popular y la cultura de élite de raíz humanista, que tuvo directa traducción en los rituales festivos. Desde el Renacimiento, con el nuevo protagonismo que cobró la ciudad y sus élites, la cultura de ellas emanada y su universo festejante fue imponiéndose progresivamente aunque quedaran conexiones con ciertas formas tradicionales. Una fiesta de y para ellas que proyectaba anhelos y modelos de consolidación en imágenes ideales y legitimadoras de una posición sociopolítica preeminente relacionada y sustentada por el monarca. Así se explica la importancia y el interés mantenido a lo largo de décadas por el estudio de la fiesta barroca en relación con el poder; con el poder religioso, con el poder político y dentro de este último con las manifestaciones festivo-cortesanas.

El estudio de la fiesta cortesana durante el período barroco ha permitido consolidar conceptos y reordenar categorías de análisis de manera que ya no es posible ignorar que estas fiestas organizadas desde y para la corte contenían un inequívoco mensaje político. Como la tratadística del siglo XVII argumentaba con frecuencia,

3. LE GOFF, J. y NORA, P.: *Faire de l'histoire*. París, 1974.

4. Por poner sólo un ejemplo que sale de nuestro ámbito cronológico de estudio, cabe destacar la atención que ha merecido el tema de la Fiesta al analizar la Revolución Francesa o el período Bonapartiano desde hace décadas. Entre las primeras *Les Fêtes de la Revolution*. París, 1977.

tenían como objetivo último activar la corriente espiritual⁵ que existía entre el príncipe y sus súbditos, para dar fortaleza a una comunidad que de modo simultáneo estrechaba vínculos al participar de una u otra manera en el ceremonial festivo.

La fiesta cortesana o la *Fiesta de la sumisión*⁶, como ha sido calificada en alguna ocasión con un término provocativo pero gráfico, requería que los que intervinieran en ella, ya fuera como protagonistas o como espectadores privilegiados, se convirtieran en jerarquizados partícipes del poder del príncipe, según un discurso rigurosamente establecido y con una estricta distribución de papeles. El sólo hecho de estar en la fiesta expresaba la completa comunión con los mensajes que de ella emanaban. Mensajes de autorrepresentación del monarca que se transmitían a través de imágenes armónicas, positivas, lúdicas, virtuosas o grandiosas. Imágenes que pretendían ganar la voluntad y el corazón de los que las contemplaban mediante los recursos teatrales del deslumbramiento o la sorpresa.

La preparación y ejecución de la fiesta cortesana obligaba a conocer y mostrar un compendio de aprendizajes, de mensajes culturales, de formas de sociabilidad y de sensibilidades estéticas que obligaban tanto a los cortesanos como al rey. El ceremonial imperante en todos los actos festivos desarrollados en y desde la corte era estricto y jerarquizaba a los intervinientes en función de su calidad social y de su posición política. Para un caballero, participar desde el lugar que tenía asignado, con suficiencia, decoro y mesura, tal y como aconsejaban los manuales de corte desde Castiglione a Gracián, era fundamental para prosperar en el universo de palacio⁷. Participar con éxito en la fiesta se apuntaba en el «haber» de la particular contabilidad representativa de un noble que hacía carrera cortesana. Si el príncipe instrumentalizaba la fiesta para lanzar mensajes inequívocos de grandeza, magnificencia y poder, el cortesano lo hacía para la consecución del favor regio muchas veces por intermediación del privado. De todo ello nos habla Patrick Williams en el artículo que encabeza este informe dedicado a las relaciones entre la Fiesta y el Poder político en la época de los Austrias. De la maduración de la corte barroca en tiempos de Felipe III, del nivel de eficiencia de los mensajes emitidos a través de la fiesta por el válido comitente, de la lectura que los invitados «externos» hicieron del derroche representativo articulado alrededor del nacimiento del futuro Felipe IV y de la «lengua franca» en la que se había convertido el ceremonial festivo-cortesano para las élites político-nobiliarias de la Europa barroca.

5. SAAVEDRA FAJARDO, D. de: *Empresas Políticas* (1640). «Empresa 39: Ómnibus» «...No basta que el príncipe despache memoriales, porque en ellos no se explican bien los sentimientos [...] La comunicación ablanda las costumbres y las vuelve amables». Edición manejada: Barcelona, 1988.

6. VINCENT, G.: «Pratiques culturelles ou formes symboliques», *Hermes*, nº 20, 1996, pp. 155-162.

7. DUBOIS, C. G.: *Le barroque. Profondeurs de L'apparence*. Burdeos, 1993, pp. 8 y ss.

Pero, a pesar de todo, la fiesta cortesana no era una fórmula perfecta. Los ideales desde ella proyectados chocaron con tercas realidades que en una buena cantidad de casos tenían que ver poco con el mensaje teórico que pretendían lanzar, aunque estas disfunciones nunca quedaran reflejadas en los documentos que fueron pensados para hacer trascender la fiesta convirtiéndola en memoria ideal y perenne. Las investigaciones más tradicionales sobre el ritual y la fiesta cortesana⁸ asumían que las *relaciones de fiestas* reflejaban con detalle y precisión lo acaecido en el momento, pero la letra escrita no era reflejo objetivo de los acontecimientos festivos. Era un subgénero literario, a veces más cercano a la ficción que a la realidad, que permitía participar a las élites ausentes del acontecimiento regio integrándolas en una lectura de la fiesta a posteriori. Hoy se tiende a resaltar el hecho de que en los siglos XVI y XVII se publicaban estas crónicas y representaciones gráfico-festivas a ellas asociadas, antes de que las celebraciones se produjeran y que es preciso leer sus significados desde el conflicto o la multiplicidad y no desde la simple narración para evitar conclusiones erróneas, pues es evidente que existía una distancia entre lo que sucedió en realidad y lo que debería haber sucedido⁹; entre lo que se quería decir y lo que finalmente se entendió.

De estos conflictos, de lo contado y no contado en las relaciones de fiestas elaboradas para la coronación de los emperadores Austrias durante el siglo XVII, nos da cuenta Andrea Sommer-Mathis en el segundo artículo de este informe que en su estructura es también barroco pues se organiza bajo la apariencia de una fiesta teatral cortesana. Nos abre la puerta, desde fuentes poco frecuentadas, a la utilidad política de la fiesta de la coronación imperial, a su componente eclesiástico y legitimador, a la codificación del recorrido ceremonial, a la intención de promotores y mecenas, a los elementos inamovibles de la «representación» que sin embargo siempre eran distintos por mor de la coyuntura y finalmente, nos habla de la calidad y objetivos de los festejos organizados para estas ocasiones en ciudades y territorios asimilados por alianza o teórica supeditación al Imperio, con los que podía haber tensiones pues la fiesta era asimismo, escenario y vehículo tolerado para expresar conflictos dentro de un código conocido y compartido.

Junta a la fiesta palaciega, durante la época barroca instituciones con poder como los ayuntamientos desplegaron su propio ritual urbano-festivo, bien fuera ante la presencia coyuntural del soberano o en su ausencia. El estudio de esta retórica municipal y su sentido simbólico-político ha merecido hasta hoy mucha

8. JACQUOT, J. (ed.): *Les Fêtes de la Renaissance*. París, 1975, 3 vols.

9. MUCHENBED, R.: *Culture populaire et culture des élites dans la France moderne*. París, 1978, pp. 216 y ss.

menos atención historiográfica y es en este ámbito de reflexión en el que se sitúa el trabajo de José Javier Ruiz Ibáñez, en concreto, en el ritual municipal-militar de los siglos XVI y XVII. A partir de los modelos y contramodelos analizados, apreciaremos cómo mediante esas autoconstrucciones simbólicas subsistían discursos ciudadanos que asignaban a la urbe derechos y funciones de modo que, dentro del orden monárquico, quedara patente la complementariedad existente entre la autoridad regia y el poder de la ciudad.

Por último, este informe sobre *Fiesta y Poder* se cierre con el artículo de Santiago Martínez Hernández que ofrece un balance temático de las aportaciones hechas en este terreno para el período de los Austrias hispanos durante las últimas décadas, con particular atención a la historiografía española. Como apuntaba Peter Burke en una de sus publicaciones recientes «..la novedad es un activo cultural que se devalúa con rapidez»¹⁰ y para la denominada Nueva Historia Cultural con un bagaje de casi treinta años quizá ha llegado el momento de hacer recuento de lo realizado, aunque sólo sea por imperativo generacional, para facilitar el paso hacia una «nueva novedad».

No puedo dar por terminadas estas líneas sin dar las gracias a los autores, por la disponibilidad, puntualidad y comprensión demostradas desde el momento en el que les propuse participar en este informe. También es el momento de pedir públicas disculpas si en algún momento he resultado imperativa. En primer lugar al profesor Patrick Williams por haber importunado su reciente jubilación y sus fines de semana en Dorset con preguntas y aclaraciones que siempre resolvió con amabilidad y buen humor. A Andrea Sommer que abrazó con entusiasmo este proyecto en Madrid y en Viena. A J. J. Ruiz Ibáñez que no tuvo empacho en dedicar tiempo y sucesivas versiones a su texto mientras cubría una estancia investigadora en México y a Santiago Martínez que mostró disponibilidad, flexibilidad y dedicación sin límite desde su destino lisboeta. También a los traductores, Luis Tercero Casado y Antonio Terrasa, que son, además, magníficos investigadores en sus respectivos campos de estudio y que por ello han podido ofrecer versiones muy cuidadas y precisas de los artículos originales. Auxiliada en la expresión de la gratitud por el genial y festivo Calderón,

*Mal podrá mi agradecimiento,
responder a tantas honras.*

10. BURKE, P.: *¿Qué es la Historia Cultural?* Barcelona, Buenos Aires, México, 2005, p. 125.